

www.elboomeran.com

**Thomas Wolfe**  
**HERMANA MUERTE**

TRADUCCIÓN DE  
JUAN SEBASTIÁN CÁRDENAS

**EDITORIAL PERIFÉRICA**

PRIMERA EDICIÓN: junio de 2014  
TÍTULO ORIGINAL: *Death the Proud Brother*

© de la traducción, Juan Sebastián Cárdenas, 2014  
© de esta edición, Editorial Periférica, 2014  
Apartado de Correos 293. Cáceres 10.001  
info@editorialperiferica.com  
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-92865-95-6  
DEPÓSITO LEGAL: CC-171-2014  
IMPRESIÓN: KADMOS  
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

El editor autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

## HERMANA MUERTE



Hasta en tres ocasiones me había topado con el rostro de la muerte en la ciudad y ahora, en aquella primavera, volvíamos a vernos. Una noche –una de esas noches caleidoscópicas de locura, ebriedad y furia que conocí en aquel año, cuando merodeaba por la gran avenida de la oscuridad de sol a sol, desde la medianoche hasta el amanecer, cuando el mundo entero se proyectaba a mi alrededor en una danza descomunal y enloquecida– vi morir a un hombre en el metro.

Murió de un modo tan discreto que a muchos nos costó admitir que estaba muerto; su muerte fue sólo una suspensión instantánea y serena del movimiento de la vida, tan pacífica y natural en su curso que todos nos quedamos observándola con ojos de fascinación e incredulidad, reconociendo de inmediato el rostro de la muerte con una terrible sensación de familiaridad, que nos confirmaba que la

conocíamos desde siempre y pese a ello, horrorizados y atónitos como estábamos, nos resistíamos a aceptar su aparición.

Aunque las otras tres muertes que presencié en la ciudad se produjeron de una manera terrible y violenta, ésta perduraría finalmente en mi memoria con una cualidad majestuosa, aterradora y solemne que las demás no tuvieron.

La primera de estas muertes había tenido lugar cuatro años antes, en el mes de abril de mi primer año en la ciudad. Ocurrió en la esquina de una de esas calles sórdidas y bulliciosas del East Side, y hubo en ella algo especialmente cruel, indiferente y accidental que la hizo mucho más terrible que cualquier atrocidad deliberada, algo que habló con una voz espantosa, fatal, a través del aire luminoso, de la felicidad y la magia de aquella estación, clausurando toda esperanza y alegría en los corazones de los hombres que presenciaron el hecho, como transmitiéndoles al instante su juicio feroz e inexorable.

«Oh, pequeño ser», decía la voz, «soy la ciudad de los diez millones de pasos, la ciudad de los diez millones de rostros... Mi vida se compone de las vidas de diez millones de hombres que van y vienen, pasan, mueren, nacen y vuelven a morir mientras yo perduro para siempre, sí, pequeño ser, pe-

queño ser», decía, «creéis que soy inclemente y cruel porque acabo de matar a uno de vosotros apenas hace un instante, pues me creíais hermosa y buena porque el aliento de abril llenaba vuestros pulmones con su veneno, el olor de las corrientes os llegaba desde el puerto como una promesa excelsa de la primavera: el olor de mares cálidos, la imagen de portentosos buques y viajes, la visión de los países dorados en las fábulas donde nunca habéis estado. Sí, pequeño ser, oh, sí, sórdida y exigua célula que suda y se arrastra por mis feroces aceras, arrojada a ciegas, oscura y gris, indefensa a través de mis salvajes túneles, pululando por mi tierra como brotan los gusanos de sus agujeros en el suelo y se reparten por aquí y por allá, arrastrados a toda prisa como hojas muertas en el seno de mis poderosas corrientes. Tú, pequeño ser, que vives, sudas, sufres y mueres como una partícula infinitesimal en mi imperecedero oleaje, en mis energías oceánicas, tú, a quien concedo abrigo temporal en mis diez millones de pequeñas células pero no eres capaz de dejar siquiera la huella de tus míseros pasos en mis calles salvajes para dar fe de que viviste aquí. Tú, pequeño ser, pequeño, tú, diminuto átomo mugriento y sin rostro de mis muchedumbres incontables, tú, que sudas, maldices, odias, mientes, engañas, suplicas, amas y te esfuerzas para siempre hasta que tu carne se seca y se hace dura y yerma

como las piedras sobre las que caminas, tus ojos se oscurecen y se apagan como brasas extintas, tus palabras se vuelven ásperas y estériles y estridentes como el clamor de mis hierros oxidados; hace un momento me encontrabas amable porque el sol brillaba cálidamente sobre tu cabeza y el aire de abril lo endulzaba todo, y ahora me juzgas cruel porque acabo de matar a uno de tantos entre vosotros. ¿Acaso crees que me importas? ¿Crees que soy amable porque el sol brilla cálidamente sobre tu cabeza en abril y vuelves a ver brotar las hojas en los árboles? ¿Crees que soy hermosa porque tu sangre corre con más calor y bríos en abril, porque tus pulmones extraen esencias mágicas de los olores de la primavera y tus ojos leen mentiras acerca de la belleza, la magia y la aventura escritas en el verdor de los árboles, en la luz del sol, en la piel y la fragancia de vuestras mujeres? Oh, pequeño ser, pequeño ser, en noviembre me has juzgado lúgubre y aburrida; en el calor abrasador y afilado de agosto me has maldecido amargamente y has encontrado mis muros insoportables; en octubre has vuelto a mí con una mezcla de alegría y pena, exultante y arrepentido; en el sombrío, implacable mes de febrero me has encontrado cruel, despiadada y desierta; en el salvaje y andrajoso mes de marzo tu vida misma era como una nube deshecha en jirones, llena de promesas desesperadas de la primave-

ra, de angustia y monotonía, de esperanzas desbo-  
cadas y de la intensa, amarga luz de la desolación,  
llenas de atardeceres rojos, raídos y el aullido de  
los vientos enloquecidos; y en abril, a finales de  
abril, has vuelto a encontrarme bondadosa y agra-  
dable otra vez. Pero, pequeño ser, éstas no son más  
que las luces y los climas de tu propio corazón, la  
insensatez de tu alma, la falsedad de tu mirada. Diez  
mil luces y climas han pasado sobre mí, brillando,  
diluviando, arrojándose sobre mi fachada de hie-  
rro. Y pese a ello, sigo siendo la misma, por siem-  
pre. Tú sudas, te esfuerzas, albergas esperanzas,  
sufres; yo te aniquilo en un instante de un solo gol-  
pe o dejo que te arrastres y maldigas para abrirte  
paso hasta tu propia muerte, pero me importa un  
bledo si vives o mueres, si sobrevives o si te dan  
una paliza, si nadas en mis grandes corrientes o te  
ahogas en ellas. No soy ni amable, ni cruel, ni amo-  
rosa, ni vengativa. Todos vosotros me resultáis in-  
diferentes, pues sé bien que otros vendrán cuando  
hayáis desaparecido, sé bien que otros nacerán  
cuando estéis muertos, millones se levantarán cuan-  
do os hayáis caído. Y sé también que la Ciudad, la  
ciudad eterna, se erigirá para siempre como una ola  
gigantesca sobre la faz de la tierra.»

Así me habló la ciudad aquella primera vez, cuan-  
do la vi matar a un hombre. Y la manera en que lo  
mató fue la siguiente:

Erstadas del Upper East Side, un lugar lleno de viejas casas de piedra marrón y fachadas angulosas que alguna vez, sin duda, habían albergado a prósperas familias pero que ahora estaban negras de hollín y suciedad acumulada por muchos años.

Esas calles eran un hervidero de vida violenta y caótica, plagadas de semblantes oscuros, miradas amenazantes y extrañas lenguas que iban y venían, incontables, innumerables, innombrables, con el flujo oceánico, líquido y multitudinario que ostentan todas las sangres y razas oscuras, de modo que la esbelta precisión, el aislamiento y el adusto diseño que tienen las vidas de las gentes del norte –algo que se eleva solitario, pequeño, digno de piedad pero grandioso en sí mismo bajo un cielo infinito y cruel– se rompen al instante bajo el peso de esa corriente de oscuridad. El eterno, incontable enjambre humano de la tierra revela de inmediato todo su horror inefable, y en el futuro ya no nos libraremos de su asedio en sueños de locura, terror y asfixia; basta incluso con ver media docena de estas caras oscuras en la calle. Por esa razón, Thomas De Quincey decía que si se viera obligado a vivir en China por el resto de sus días, acabaría por enloquecer.